

EL OCASO DEL RÍO BOEZA

*A Francisco Oliveira, padre, por enseñarme a nadar
bajo la sombras del Boeza.*

MONTEARENAS

Indómito y brutal, sin conocer la cautividad ni la forzada esclavitud que con tanta frecuencia el hombre impone a los seres que le rodean, llega el río Boeza a la zona del Bierzo Bajo conocida como *Montearenas*. Recibe por la izquierda al río Meruelo o *Miruelo* que nacido en los Montes de León viene a desembocar en amplio estuario para quedar fundidos ambos caudales, entrando juntos, sorprendidos por la angostura rocosa que forman las dos elevaciones que los flanquean: Monte Arenas, el más alto, y el Castro de Campo lugar éste último donde situó el gran poeta berciano Gil y Carrasco la importante ciudad romana *Interamnium Flavium*.

Esta situación no pasa en balde para el ingenio humano que la aprovecha para detener y silenciar al río Boeza en un embalse que lleva el nombre del cerro de mayor altura. Se trata de un confinamiento leve y transitorio, un remanso del curso sólo utilizado para trasvasar agua de su cauce a través de un túnel subterráneo al embalse cercano de la Fuente del Azufre para equilibrar las cuencas de los ríos Sil y Boeza. Viene el Meruelo fresco y lozano de las vertientes occidentales de los Montes de León. Pienso ahora que alguna prenda de ropa olvidada por las mujeres que lavaban en el arroyo del Tegeo o alguna lágrima vertida por mis antepasados pudiera haber llegado hasta aquí, y desde aquí hasta el Atlántico en un permanente y cíclico suceder de los acontecimientos. Hay quietud en el entorno del pantano, rompe el silencio el ruido del agua cuando huye de la presa en un salto parabólico y continuo, burbujeante, haciendo cabriolas y lanzando en su rebullir agitados gritos de rabia y libertad.

El pantano divide por su mitad más larga los términos municipales de Molinaseca y Ponferrada. En las orillas el agua remansada y silenciosa, de un color verdinegro más acentuado en las zonas umbrías, refleja los pinos de repoblación mezclados en perfecta armonía con abetos, encinas y robles aislados, vegetación del país que rodea y confina al inocente río Boeza. Más tarde, recobrada la libertad vuelve obediente y reprimido a su cauce, como un condenado se guarda medroso en su misma profundidad sintiendo el aliento mineral de su fondo, lame con fruición los pies de los chopos altivos, de los curvados sauces y de los humildes salgueros que descreídos lo observan con una armonía rutilante de hojas y lo ocultan de las vistas hasta que vuelva a cielo abierto en el término de San Blas.

SAN BLAS

Los peregrinos a Santiago vadeaban el río Boeza en este punto del Camino que unía Molinaseca con Ponferrada, antiguamente llamado *Pomboeza*, frente a la ermita de San Blas. Hubo aquí puente romano más tarde derruido y conocido como *Ponderribada*. En la Edad Media se cruzaba en barca. Había dos tipos de embarcaciones: Bote de remos o “barca” para pocas personas y grandes pontones llamados “barcos”. Es por ello conocido también este paraje como el “Paso de la Barca”. Tuvo ermita, hospedería y hospital regentados por la cofradía y hospital de Nuestra Señora de Pomboeza; a partir del Siglo XVI pasó a manos de los Agustinos.

Durante todo el medioevo y parte de la edad moderna se mantiene esta antigua forma de vadear el río. Hoy se salva con un puente de columnas y pilastras de hormigón. La ubicación de Pomboeza sigue siendo a día de hoy polémica, sin que se llegue a ningún acuerdo. Unos la sitúan en el lugar descrito y otros aguas abajo en las

inmediaciones del Puente Boeza. ¿Será Pomboeza el “Ponten de Buyeza”?

Al cruzar el puente y alzar la vista sorprenden al viajero unas almenas y dos torres en lo alto coronadas con cubiertas cónicas de pizarra, en la zona de la margen izquierda. La vegetación es muy abundante, selvática: álamos, acacias centenarias trepado el tallo por fresca hiedra, alisos, sauces y salgueros rodean e intrincan el paso y la vista. Arbustos pequeños, hinojos, herbáceas y zarzas hacen el resto para complicar más el acceso. El castillete es una construcción diminuta, como de un cuento de hadas, compuesto por tres torreones de piedra con almenas y un mirador al río. Paradójicamente, es una construcción modernista de principios de siglo, un palacio de verano, lugar de solaz de la Familia Valdés Figueroa, originaria de Asturias y con grandes posesiones en el Bierzo, hoy gestionada por la Fundación Fustegueras Alvarez.

Me cuenta Bonifacio, vecino de Campo, que “antiguamente (y “antiguo” en el Bierzo se emplea para designar tanto lo romano como lo neoclásico o modernista) sólo el Señor Valdés tenía molino, así que tanto los vecinos de aquí como los de los pueblos de la Montaña venían obligados a moler el grano aquí en el molino conocido como el *Molino de San Blas*, porque era el único que había en toda la contorna y como no teníamos dinero para pagarle le dábamos parte del trigo, cebada o centeno que molíamos, que venía a ser a razón de un kilo por cuartal molido. Para mover el molino Valdés cogía el agua en una acequia cercana, un sitio que llamamos “el bodegón”, porque en esta zona de Campo el agua va muy baja y no se puede sacar tan fácil. El señor Valdés venía a pasar temporadas aquí. Cuentan que en la guerra se instalaron los moros en este castillo, pero antes de llegar y aposentarse, los antiguos dueños tiraron toda la cubertería de plata al río, aquí abajo, en la “poza”, y vino mucha gente a intentar sacar y rebuscar la cubertería, para sacarse unas cuartos.” Así empalman su época de

servir al Rey en Marruecos con el hilo de los moros de alguna guerra cruel, que no la del agua, que ahora canta alegre al rozar las lávanas frente al mirador del castillo, para volver a hablar de súbito, desde algún rincón de su memoria, de nuevo a la guerra o de la posguerra, que tanto da, o quizás a su tiempos de juventud incierta y miseria generalizada...”En la otra parte del río, mas abajo, hubo una fábrica de harinas que llamaban “El Catalán”, era de un catalán que vino a establecerse al bierzo por mor de la guerra, que recogía el grano de la requisa. Aquí baje yo, aún de mozo, el grano que correspondía a mi padre”.

Cansado de oír hablar de guerras y miserias tomo por el “otro” camino de Santiago, el ramal que viniendo de Molinaseca no vadea el río Boeza en este punto, sino que cruza por entre unas viñas para enfilarse el pueblo de Campo y adentrarse de lleno en él.

CAMPO

Parece que los habitantes de Campo hubieran decidido en un momento dado de su historia alejar del pueblo los monumentos más peculiares los iban a definir más tarde (iglesia, fuente y río) y fueran a emplazarlos a las afueras, en las lindes, o bien que al hallarlos ya fabricados decidieran asentar el núcleo urbano lejos de allí, como a medio kilómetro de cada uno, sin saber al final si los nativos los tomaron como apestados o decidieron separarse convenientemente de aquellas obras para mejor conservarlas. Así poco antes de la entrada efectiva en el poblado nos encontramos con una extraña indicación: una señal nos informa del lugar de una fuente romana.

En el borde derecho del camino se encuentra la Fuente Romana de Campo. Es subterránea y bien pudiera ser de los primeros siglos y por tanto romana (esta vez sí parece bien empleado el término berciano

romano), ya que existen otras fuentes romanas del mismo tipo y condición diseminadas en las provincias de Burgos, Soria y Salamanca bien documentadas. La fuente Se compone de una bóveda de cañón en piedra de sillería que soporta el peso del camino. Llega el agua por conducto subterráneo y sale cantarina por un caño de piedra. La villa de Campo se cita por primera vez en 1081. SE encuentra situada en las pendientes de una colina, y mira frente a frente a Ponferrada. Al entrar en la población y atravesarla por la llamada calle francesa o real, siguiendo la misma dirección del río Boeza, llaman la atención varias casas solariegas blasonadas, de nobles portadas, ventanales y rejerías. Renombrada es la Casona torreada de los Villaboa descendientes del Marques de Campoalegre, sus heráldicas se enfrentan con la pobreza de otras edificaciones mucho más comunes que la circundan y que representan la arquitectura popular berciana. En la Plaza, la ermita del Santo Cristo, enana, y al lado la escuela que fundara en 1776 D: Manuel González Yebra, marqués de Campoalegre. En todo Campo Se respira una atmosfera de otro siglo, un aliento medieval que conserva la pureza del Camino. Hasta el año 1472 No aparecerá su nombre en el itinerario de un peregrino italiano.

Al salir del poblado cambiamos de dirección, tomando ahora la de Los Barrios. Al poco, nos topamos como a medio kilómetro de la localidad, con La Iglesia parroquial de Campo. Su torre, de corte clasicista, vista de lejos nos anticipa la nobleza y gráciles proporciones que de cerca se pueden contemplar, tanto en amplitud como en materiales usados, ya que en el Bierzo escasean torres y cantería en favor de espadañas y paramentos de lajas de pizarra o canto rodado. Así, el edificio es de grandes dimensiones. Se construyó totalmente en el Siglo XVII. Cuenta con una portada norte de dos cuerpos muy interesante de estilo prechurrigueresco, de medio punto bajo frontón y hornacina, encuadrada por columnas toscanas. La torre está coronada de una techumbre de pizarra a cuatro aguas y con bolas en cada

remate, muy característica siendo visible en toda la llanada que la circunda. Muy cerca de la iglesia se puede contemplar una majestuosa encina. La iglesia está dedicada a San Blas, su titular, tan vinculado al Camino de Santiago, contiene en su interior una talla de la virgen de la Encina, siendo el primer lugar donde se festejó. El retablo Mayor es del fin del XVIII churrigueresco.

El río Boeza discurre profundo casi en un tajo, lejos de poblados, llegando a formar pequeños meandros sinuosos, dejando isletas plagadas de vegetales en el centro de su anchura.

PUENTE BOEZA

Este Burgo se menciona ya en 1174, fecha en la que el Rey Fernando II lo cedió al obispado de Astorga. Se encontraba situado en la orilla izquierda del río Boeza, a la altura del puente Mascarón por el que se vadeaba en este punto. Hace tiempo que Ponferrada engulló esta población despojándola de identidad. Es la zona de paso natural de todos los pueblos situados al este de la ciudad de Ponferrada, en un radio de unos 40 kilómetros, Lugares que pertenecen al sector marcado por las cumbres desde Becerril hasta El Morredero y con centro en la propia ciudad.

Ningún lugareño logra desvelar al viajero, de forma creíble el significado de la palabra “Mascarón”. Alguien relata los hechos de un salteador de caminos que aprovechaba el paso obligado sobre el puente para robar cubierto por una máscara a los incautos viajeros de la montaña que traían sus productos para la venta en la ciudad.

Como sea, El puente de Mascarón o Puente Boeza que hoy nos encontramos aguas abajo y que salva al río del mismo nombre, es de factura medieval, probablemente del Siglo XII, de canto rodado, alto,

sin arcos de descarga, con un gran arco apuntado en el centro por el que discurre el cauce del río. A la derecha y más pequeño un ojo de medio punto, quizás posterior, construido después de alguna crecida. Entre ambos vanos, un cubo de planta semicircular rematado en lo alto en balconcillo -que bien pudiera ser coetáneo del ojo pequeño y haber suplido alguna especie de tajamar anterior-. A la izquierda otro contrafuerte rectangular que se prolonga en lo alto y remata en balcón. En la cara opuesta del puente y dispuestos simétricamente a los descritos, dos contrafuertes rectangulares mas con igual remate. Estos balcones sirven en lo alto para dar protección y solaz a los viajeros cuando coinciden en el viaducto con los carruajes. De una línea de imposta bien definida que marca perfectamente el perfil de *lomo de asno*, emerge un pretil de piedra que corona el conjunto.

En los años sesenta del pasado siglo se represó el río a la altura del puente para conseguir lo que sería la primera playa fluvial del Bierzo. Desde el punto de vista del simbolismo románico el puente medieval, con su característico perfil, sus dos pendientes contrapuestas expresan la ligazón a la transición entre dos estados espirituales... y así debió suceder para este autor viajero que aprendió a nadar aquí, bajo las sombras del Puente Boeza, gracias al buen hacer y gran paciencia del inefable FRANCISCO OLIVEIRA, padre, que con un cariño impagable me enseñó a nadar, a brazear al estilo de su Boiro natal que tanto añora, en aquella playa fluvial antigua, en blanco y negro, de meriendas de mortadela de aceitunas y tortilla de patatas, de flotadores de cámara de camión y otras carencias, de autobuses de línea, de arrobamientos y silencios compartidos.

Todo lo que diga aquí del Señor Francisco Oliveira es poco. El bueno, el luchador Francisco Oliveira tiene el derecho a exigir su merecido libro.

CONFLUENCIA: LA i GRIEGA

No es por casualidad que sea la fortaleza templaria de Ponferrada la centinela de la unión carnal de los dos ríos más importantes del Bierzo: el Sil y el Boeza, que un abrazo fraternal pero no asexuado, marcando cada uno por su lado el género que representa: el Sil, varón fuerte y bravo; el Boeza, la hembra que acoge, la madre que acuna en su rezago, mas templado y protector.

Y no es por casualidad que sea la bruma del misterio del castillo templario la que aliente, de fé y esconda protegiendo este fértil acoplamiento de ambos ríos. Su confluencia asemeja una Y griega cuyos brazos forman un ángulo obtuso más acusado en el Sil cuya verticalidad norte sur hace que se deposite aluvión en la junta produciendo un reflujo del propio cauce.

Rafael Cazalla Daga nació y vivió su niñez y adolescencia muy cerca del punto de intersección de los dos ríos y aún por las calles de su memoria vienen y van deambulando cantarines los recuerdos sonoros de ambos ríos: “En invierno, desde la ventana y por cima del puente del ferrocarril de RENFE, por donde se bajaba a la Puebla, yo veía la confluencia de los dos ríos, una enorme masa de agua que en ese lugar se daba cita, y entonces se me antojaba como un enorme lago alpino, con una niebla densa que se cernía, la típica y persistente neblina berciana que lo transforma todo, desdibujando los límites de las cosas y de las personas, mientras permanecíamos en la cocina, calientes,

sintiéndonos abrigados por la negra cocina *bilbaína* de carbón que no se apagaba hasta la hora de acostarse”.

Hoy de aquello sólo queda el recuerdo, el ensueño del que Rafa es fiel custodio, mientras mira al frente abismado en su lejanía gallega y con las palmas de las manos hacia abajo parece que quisiera allanar un montón de arena invisible que estuviera sobre la mesa, para seguir contando: “Cuando pasaba el tren correo de las seis de la tarde, yo miraba aquel río que se iba, ya unido como Sil y continuaba en dirección a Galicia, para recordar entonces a mis abuelos maternos, el anhelado viaje en tren hasta su casa siguiendo la cuenca encajada del Sil gallego, pasado Dehesas y Quereño...

Rafa continua narrando sus vivencias con los ojos escarchados, tras los lentes de miope: “Y en el Moclín, esa explanada al pie del castillo, jugábamos los rapaces del Barrio de San Andrés a la pelota, al burro, a tres piratas en el mar... y apagábamos nuestra sed a manotazos en la fuente... también allí festejaban el Sagrado Corazón, fiesta religiosa del barrio para los mayores, gozosa, esperada y lúdica para los niños... y subíamos por el costado de la fortaleza, corriendo y jugando a la vez -indivisibles- para recorrer las pequeñas casas pegadas al lienzo de la muralla... Nos asomábamos a la barbería de Mocala y allí estaba él, viejo y fondón, moviéndose con la lentitud de un galápago, embutido en su uniforme, enojado de blanco... o pasar por la casquería de Isidro o más arriba la lechería del señor Esteban y la Señora Lola para hacer los recados de nuestras madres.... O entrar dentro del castillo, franquear los tablones aspados y seguir jugando dentro a templarios buenos y moros malos...y aquella torre cuadrada, la torre del Moclín, qué secretos ocultaba... ¿Qué guardaría en su interior aquella torre del Moclín?, de lejos me parecía un gigante oscuro, un cancerbero... aún hoy no lo sé y a veces me desasosiega el solo pensamiento”

Declina el relato de Rafa y comienza el declinar para el río Boeza que coincide además, con la luz crepuscular. Tras los últimos montes de Caurel se esconde un sol tibio de finales de julio del período más seco de los últimos treinta años. Del color rojo rubí se tiñe el cielo de poniente y se va mudando al color cárdeno postrero y melancólico del oscurecer, para quedar pronto sumido en una intensa umbría que desvanece los colores más cercanos.

Es la hora del ocaso para este humilde, histórico y corto río berciano: río moruno en sus fuentes de la Campa y de Martín Moro; *flavium* de una gran urbe romana; templario y valiente, alfa y omega, principio y final, durante su sosegado y corto camino, viene ahora a morir estremecido con los mismos síntomas de la cata del vino mencía, que por algo es totalmente berciano como él: Un color rojo granate con destellos violáceos... de la tarde, capa media alta, muy vivo y brillante, limpio e intenso en nariz donde nos empieza a dar las primeras notas... En boca resulta amplio, equilibrado y muy sabroso, además de tener la plenitud de la juventud que nos deja a su paso un sutil y fresco sabor... como el querido río Boeza.

Vicente de Lerins, Madrid junio de 2007

<http://es.geocities.com/vicentedelerins/>